

ROBIN BROAD Y JOHN CAVANAGH

Para no olvidar a un Sur empobrecido

Todo parece indicar que EE.UU. está determinado a continuar descuidando al Sur, salvo para responder al caos originado por alguna crisis puntual o para establecer acuerdos de libre comercio y de promoción de negocios dirigidos a una docena de países del Tercer Mundo. La ausencia de una verdadera agenda económica Norte-Sur puede constituir uno de los errores más graves de la Administración Clinton. El abandono del Sur agravaría aún más la brecha que separa a países pobres y ricos, así como las crisis del empleo y del medio ambiente. Esto tendría repercusiones muy negativas para el Sur pero también para los propios EE.UU.

Durante cuatro décadas y media, la Guerra Fría ofreció a los norteamericanos un prisma a través del cual contemplar las tres cuartas partes de la humanidad que viven en depauperadas naciones de América, África y Asia. Estados Unidos libró o sufragó guerras y operaciones encubiertas en varias decenas de países como Cuba, República Dominicana, Guatemala, Irán, Corea, Nicaragua y Vietnam con el propósito declarado de impedir la extensión de un comunismo respaldado por la Unión Soviética. Configuradas para tal fin, sus medidas políticas, económicas y militares hacia el llamado Tercer Mundo, hacia el Sur, eran relativamente sencillas y directas.

Hoy en día, a un lustro ya del inicio de la confusa era posterior a la Guerra Fría e iniciándose el segundo mandato presidencial de Bill Clinton, el Tercer Mundo sigue convulsionándose con alarmante regularidad, hasta llegar al primer plano de la política exterior de Estados Unidos. La Administración y los medios de comunicación tienden a incluir estos episodios en una de las tres categorías siguientes, modelos, todas ellas, de excesiva simplificación. A la primera y dominante se la puede llamar "imagen de Ruanda", e incluye países en los que, según cuentan los medios de comunicación, todo se viene abajo, y las gentes se matan unas a otras en gran número. La Bosnia de 1995, el Haití de 1994, o la Somalia de 1993 se ajustan a ese patrón.

Robin Broad es profesora de desarrollo internacional en la School of International Service de la American University. John Cavanagh, director del Institute for Policy Studies e investigador del Transnational Institute. Es autor, junto a Richard Barnet, de *Global Dreams: Imperial Corporations and the New World Order* (Simon & Schuster, 1994) (hay edición en castellano). Este artículo fue publicado en *Foreign Policy* N°101, invierno 1995-1996. Copyright 1995 by Carnegie Endowment for International Peace. Se reproduce aquí con autorización de la revista.

Traducción de Pablo Carbajosa.

Bajo las fáciles imágenes superficiales de la realidad del Tercer Mundo, se encuentra el peligro del abandono.

Una segunda imagen, promovida por apurados contratista de defensa y halcones del Pentágono, pinta un cuadro en el que aparecen como volátiles ciertas naciones del Tercer Mundo, además de la antigua Unión Soviética, en forma de una creciente amenaza de seguridad equivalente a la representada en su día por Moscú en plena Guerra Fría. En ella sobresalen Corea del Norte e Irak, cada una con dirigentes fácilmente caricaturizados por la prensa como villanos de Hollywood.

Por último, se presenta una imagen mucho más reciente de un México financieramente hecho jirones, además del temor de que otras naciones puedan precipitarse rápidamente por crisis similares: decenas de miles de millones de dólares de capital especulativo a corto plazo corren alrededor del globo, abandonando el "mercado en ascenso" de ayer en favor de las promesas de rápidas ganancias en otra parte.

Satisfecha con responder a crisis de esas tres categorías, la Administración tiene todavía que forjarse un marco político totalizador que encare los hondos y cambiantes problemas de un Sur que comprende aproximadamente a 150 países. De hecho, exceptuando la atención dedicada a ciertos puntos de crisis, Washington ha dejado pasar la oportunidad de elaborar una nueva agenda política Norte-Sur, prefiriendo, en su lugar, otra que pone en primer plano nada más que a un puñado de estos países. Y esta política es la que lleva a cabo, no el Departamento de Estado ni el del Tesoro, sino el de Comercio, que ha singularizado a diez "grandes mercados en ascenso" como prometedores para las inversiones y las exportaciones estadounidenses.

Cuando se les empuja a enunciar los temas o valores que subyacen a la política norteamericana hacia estos países y el resto del Sur, los funcionarios de la Administración Clinton coinciden en la retórica de los mercados y la democracia. Unos mercados más libres, a través de pactos tales como el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (TLC/NAFTA), proporcionarán, según argumentan, mayor crecimiento y democracia. De forma notable, las posiciones de la mayoría de los dirigentes republicanos del Congreso difieren sólo ligeramente en sustancia de este orden de prioridades. Apoyan el libre comercio, así como la noción de que la política exterior de EE.UU. debería respaldar al sector de negocios norteamericano. Una vociferante minoría, que adopta posiciones más proteccionistas, cuenta entre sus filas al poderoso presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, Jesse Helms (republicano por Carolina del Norte). A pesar de sus espectaculares, excesivas y erradas declaraciones, que buscan distanciarse de los demócratas, el ataque de Helms a la agenda Norte-Sur de Clinton se ha concentrado en una cuestión: recortar de modo drástico las ayudas norteamericanas (buena parte de las cuales, tal como le gusta afirmar, "se pierden en ratoneras foráneas").

Así pues, Washington está determinado a continuar descuidando al Sur, salvo para responder al caos originado por alguna crisis o mediante acuerdos de libre comercio y de promoción de negocios dirigidos a unos cuantos países del Tercer Mundo. Esta carencia de una agenda económica Norte-Sur puede terminar, sin embargo, por constituir uno de los errores garrfales de la Administración Clinton. Bajo las fáciles imágenes superficiales de la realidad del Tercer Mundo, se encuentra el peligro del abandono: un nivel de vida que se deteriora en el caso de los 2.500 millones de personas más pobres del planeta, ensanchando las desi-

gualdades en casi todos los países de la tierra, así como las crisis de puestos de trabajo y de medio ambiente, que reclaman iniciativas globales.

La Administración Clinton y el Congreso republicano tienen ante sí tres oportunidades inmediatas de enfrentar estos problemas de envergadura, oportunidades de encuadrar una política más totalizadora hacia al Sur que no deberían desaprovecharse. En primer lugar, Washington ha comenzado a considerar la expansión del NAFTA, con el fin de incluir la cuenca del Caribe, Chile y el resto de América Latina. En segundo lugar, el Congreso está discutiendo nuevos criterios para la concesión de ayudas a los países pobres. Y, por último, el derrumbamiento de México fue el comienzo de una propicia reflexión internacional sobre la reforma fundamental de las principales instituciones multilaterales del mundo —el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI)— a fin de encarar las nuevas crisis financieras del siglo XXI. Lo que se necesita para sacar partido de estas oportunidades es una comprensión más profunda de la nueva dinámica entre el Norte y el Sur y una agenda política más completa. Por desgracia, las miopes medidas políticas de Clinton se basan en tres supuestos profundamente errados (también compartidas por la mayoría de los dirigentes republicanos) sobre la naturaleza de los cambios de la economía global.

Las tres suposiciones erróneas de EE.UU.

La primera suposición incorrecta consiste en creer que el libre comercio y la promoción de los intereses comerciales norteamericanos es algo bueno para los trabajadores y las distintas comunidades norteamericanas. El difunto Secretario de Comercio, Ron Brown (fallecido el pasado mes de abril en accidente aéreo en Croacia), era el defensor más nítido de esta postura, que apoyaba con vuelos repletos de altos ejecutivos de empresa en ruta a “grandes mercados en ascenso” como Brasil, China e Indonesia. Estos viajes, así como los dos acuerdos principales de libre comercio alcanzados por Clinton —el TLC y la última ronda del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio)— han sido como ofrecer a las mayores empresas norteamericanas decenas de miles de millones de dólares en nuevos negocios en el extranjero. Como escribió John Strelau, antiguo vicedirector de planificación política del Departamento de Estado, en el número de invierno 1994-1995 de *Foreign Policy*, el programa de la Administración de grandes mercados en ascenso “debería crear millones de puestos de trabajo nuevos y mejor pagados para los norteamericanos, espolear la productividad interna, facilitar el ajuste al cambio tecnológico, domeñar la inflación, [y] reducir el déficit comercial y fiscal”.

La segunda suposición errónea de la política norteamericana es que el libre comercio y el aumento de los compromisos norteamericanos en los diez mercados emergentes más importantes no sólo ayudarán a estas economías, sino que alentarán el crecimiento en otros países del Sur. Subiéndose al carro de los grandes mercados en ascenso que ofrece el Gobierno norteamericano, los altos ejecutivos se hacen eco de las pretensiones de la Administración, según las cuales las medidas políticas norteamericanas conducen a la consolidación de amplias clases medias —en países como China, India e Indonesia— que darán impulso a la economía del siglo XXI.

El tercer supuesto es que el abismo entre países ricos y pobres se está reduciendo, una tendencia que, según argumenta la Administración, se ve apoyada por el libre comercio y la atención prestada a los diez países del Tercer Mundo con grandes mercados en ascenso. En realidad, existe la extendida impresión entre los responsables de la política norteamericana de que la crisis de la deuda del Tercer Mundo, que ensanchó la brecha durante los años 80, ha terminado, que el capital nuevo discurre hacia el Tercer Mundo, y que el abismo está empezando a cerrarse. Estas impresiones se ven reforzadas por las proyecciones del Banco Mundial según las cuales, en la próxima década, los países del Tercer Mundo crecerán en realidad más rápidamente que los países ricos, poniéndose de este modo a la par.

Un cuidadoso análisis de los datos sociales y económicos de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, el FMI y otras fuentes, ofrece una imagen ofensivamente distinta de las tendencias de la economía global y del abismo entre países pobres y ricos. Hay dos formas de estimar lo que sucede económicamente entre el Norte y el Sur. La primera consiste en calcular qué países crecen más rápidamente y averiguar, por tanto, si la brecha entre ellos aumenta o se reduce. La segunda consiste en estimar los flujos de recursos financieros entre ambas partes.

En lo que respecta a lo primero, las cosas están claras: las diferencias entre el Norte y el Sur se dilataron de modo espectacular en la década siguiente a 1982, a medida que la crisis de la deuda drenaba los recursos financieros de los países pobres en beneficio de bancos ricos. Entre 1985 y 1992, las naciones del Sur pagaron a sus acreedores en concepto de deuda cerca de 280.000 millones de dólares más de lo que recibieron en forma de nuevos préstamos privados y ayudas gubernamentales. El Producto Interior Bruto (PIB) per capita aumentó tan sólo una media de un 1% en el Sur durante los años 80 (en el África subsahariana cayó un 1,2%), mientras que aumentó un 2,3% en el Norte.

Situar la "década perdida" de los años 80 en un lapso de tiempo más extenso no revela ningún cambio mayúsculo: en 1960, el PIB del Sur seguía siendo un 18% de la media de las naciones del Norte; para 1990, había caído muy ligeramente hasta un 17%. En otras palabras, el abismo entre Norte y Sur había permanecido bastante constante.

Sin embargo, dichas cifras agregadas camuflan una realidad compleja: en el caso de un pequeño número de países, primordialmente grandes mercados de Asia en ascenso como China, Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán, el abismo que les separaba del Norte se ha ido cerrando. Pero, y aquí está el intrín-gulis, para la mayoría de los demás países, la brecha ha ido ensanchándose paso a paso. En el África subsahariana, la situación es aún peor. No sólo se ha hecho más grande el abismo de forma llamativa, sino que en el caso de muchos de estos países el PIB ha continuado su descenso.

De modo similar, un vistazo al flujo de recursos entre el Norte y el Sur revela una realidad que no está en sintonía con los supuestos dominantes. A pesar de la impresión de que se ha aliviado la deuda, el volumen conjunto de la misma continúa dilatándose en casi 100.000 millones de dólares cada año (alcanzó 1,9 billones en 1994). El pago de la deuda del Sur sobrepasa todavía a los nuevos préstamos, y el flujo resulta especialmente demoledor en África. Si bien es cierto que una serie de reajustes de la deuda, así como la acumulación de atrasos en cantidades vencidas y

no pagadas por parte de muchos deudores, han reducido la transferencia financiera neta negativa del Sur al Norte en los últimos años, el flujo sigue siendo negativo.

En parte, la razón por la que algunos analistas sostienen que la crisis de la deuda ya no constituye un problema es que, desde principios de los años 90, estos flujos procedentes del pago de la deuda se han visto equiparados por flujos de capital exterior. También en esto, empero, echar un vistazo a las cifras desagregadas refuerza el desconcierto ante la realidad. De acuerdo con las cifras del Banco Mundial, la mitad más o menos de las nuevas inversiones extranjeras directas realizadas en 1992 por corporaciones globales en el Sur abandonó rápidamente el país en cuanto se consiguieron beneficios. Por si fuera poco, los flujos de inversión se dirigen principalmente a diez o doce países del Tercer Mundo a los que las corporaciones y los inversores del Norte consideran nuevos centros productores de beneficios. En 1991 y 1992, más del 70% de los flujos de inversión se dirigió hacia diez de los llamados mercados en ascenso, a saber: México, China, Malasia, Argentina, Tailandia, Brasil, Indonesia, Venezuela, Corea del Sur y Turquía.

Existe otro problema con estos flujos de capital. Varios de estos países (Brasil, India, México, Corea del Sur, y Taiwán) han atraído flujos sustanciales a corto plazo abriendo sus mercados de valores a los extranjeros y emitiendo miles de millones de dólares en bonos. Sólo entre 1991 y 1993, la inversión extranjera directa, considerada en el conjunto de los flujos de capital privado, cayó del 65 al 44% a medida que se incrementaban estos flujos más especulativos. Los últimos acontecimientos de México proporcionan una indicación de las fluctuaciones de estos flujos de capital: durante la última semana de 1994, se estima que se evadieron del país fondos a corto plazo por valor de 10.000 millones de dólares.

Por añadidura, los países del Tercer Mundo se han visto golpeados por el declive de la capacidad de compra de sus exportaciones en comparación con sus importaciones. Las naciones del Sur vienen ya señalando desde hace largo tiempo la tendencia general que experimentan los precios de sus exportaciones de productos primarios a subir más lentamente que los de las importaciones de bienes manufacturados. Este declive de las "condiciones comerciales" fue particularmente acusado entre 1985 y 1993, cuando los precios reales de las mercancías primarias cayeron en un 30%. Y esto se tradujo en pérdidas de miles de millones de dólares: el descenso del 3,5% del poder adquisitivo de las exportaciones africanas en 1993 le costó al continente unos 3.000 millones de dólares.

La inevitable conclusión es que el abismo económico entre el Norte y el Sur se está cerrando en el caso de una docena de países, pero continúa ensanchándose en más de un centenar de ellos. De modo que, sin un giro político de envergadura, el mundo del siglo XXI se verá configurado como una suerte de *apartheid* económico. Habrá un par de docenas de países ricos, una docena o un número similar de naciones pobres que habrán empezado a cerrar la brecha que les separa de las ricas, y otras 140 naciones aproximadamente que irán quedándose cada vez más atrás.

La globalización del Norte y del Sur

¿Y qué hay respecto a lo supuesto por la Administración de que las medidas políticas que fomentan el sector de negocios norteamericano consiguen buenos resul-

*Los países del
Tercer Mundo
se han visto
golpeados
por el declive
de la
capacidad de
compra de
sus
exportaciones
en
comparación
con sus
importaciones.*

tados tanto para el mercado exterior como para el mercado interno, de que el libre mercado y la globalización elevan en general el nivel de vida tanto en el Norte como en el Sur? También en esto la Administración Clinton ha perdido de vista una realidad nueva y fundamental de la economía global. A medida que las empresas norteamericanas se han ido desplazando de mercados locales a otros nacionales, y ahora globales, en el último medio siglo, ha aparecido en todos los países una nueva división entre quienes salen ganando y quienes salen perdiendo. Un libro reciente, *Global Dreams: Imperial Corporations and the New World Order*, escrito por uno de los fundadores del Institute for Policy Studies, Richard Barnet, refiere de qué modo las más poderosas empresas norteamericanas y sus contrapartes presentes en Inglaterra, Francia, Alemania y Japón integran únicamente a cerca de un tercio de la humanidad (en su mayor parte residente en los países ricos, al que habría que sumar la elite de los países pobres) en complejas cadenas de producción, de compras, cultura y finanzas.

Aunque en todos los países existen enclaves ligados a estas redes económicas globales, hay otros que se quedan fuera. Wal-Mart extiende sus supertiendas por todo el hemisferio occidental; en América Latina, sin embargo, son demasiado pobres como para disfrutar de algo que no sean vislumbres del lujo. Los clientes del Citibank pueden acceder a cajeros automáticos en todo el mundo; en cambio, la gran mayoría de la gente tiene que pedir dinero a los prestamistas sanguijuelas de la esquina. La Ford Motor Company monta su nuevo "automóvil global" en Kansas City con piezas fabricadas en todo el mundo, mientras los ejecutivos de Detroit se preguntan quiénes podrán permitirse comprarlos.

Por lo tanto, mientras que, en un plano, el abismo entre el Norte y el Sur se hace más pronunciado para la enorme mayoría de los países del Tercer Mundo, en otro, estas cadenas globales borran los límites geográficos entre el Norte y el Sur geográficos. Estos procesos crean otra división entre el tercio de la humanidad, aproximadamente, que comprende el "Norte global" de quienes se benefician del mismo en el país que sea, y dos tercios de la humanidad, de las chabolas de Nueva York a las favelas de Río, que no están invitados al nuevo menú de oportunidades de producción, consumo y préstamos del "Sur global".

Por contraposición a las perogrullescas afirmaciones de la Administración Clinton, la globalización, acelerada por los nuevos acuerdos de libre comercio e inversión, ha profundizado tres problemas intratables que asolan a casi todas las naciones de la Tierra, incluyendo a Estados Unidos, a saber: la desigualdad de ingresos, la pérdida de puestos de trabajo y los daños al medio ambiente.

1.- Desigualdad de ingresos

La principal consecuencia adversa de la aceleración de la integración la constituye el ensanchamiento de las diferencias de renta en casi todas las naciones, a medida que los estratos más opulentos sacan provecho de las oportunidades de la globalización, mientras millones de ciudadanos sufren sus consecuencias, se ven marginados o se quedan atrás. Hace unos años, el economista Simon Kuznets enunció una hipótesis según la cual, a medida que una economía se desarrolla, existe en principio un intercambio entre crecimiento y equidad, es decir, aumenta la desigualdad en los ingresos a medida que un

país entra en las primeras fases de crecimiento económico y decae en economías de mayor madurez. Hoy, sin embargo, las desigualdades aumentan en todo el mundo. A tal punto que a finales de 1994 *The Economist* reconocía que “no por casualidad el mayor aumento de la desigualdad de ingresos se ha producido en las economías...en las que se han perseguido con celo sumo medidas políticas de libre mercado”, y que “se trata de una combinación de mercados de trabajo de liviana regulación y de fuerzas económicas globales que ha hecho mucho más...por favorecer a los ricos que a los pobres”. Así se observa en el perverso ensanchamiento del abismo entre ricos y pobres tanto en cada país en particular como en todo el planeta.

Hace 30 años, los ingresos combinados de la quinta parte más opulenta del mundo eran 30 veces mayores que los de la quinta parte más pobre. Hoy, el abismo en la renta es más de 60 veces mayor. A lo largo de este período, la renta del 20% más rico creció del 70 al 85% de la renta mundial total, mientras que la porción global del 20% más pobre cayó del 2,3 al 1,4%.

El número de multimillonarios¹ aumentó de forma espectacular en los últimos siete años, coincidiendo con la difusión de las medidas políticas de libre mercado en todo el mundo. Entre 1987 y 1994, su número se multiplicó de 145 a 358. De acuerdo con estos cálculos, esos 358 multimillonarios poseen una riqueza valorada en conjunto en unos 762.000 millones de dólares, que es aproximadamente la renta combinada de los 2.500 millones de personas más pobres del mundo. (No existen cifras de la riqueza combinada de los pobres del mundo, pero puesto que la mayoría poseen pocas riquezas aparte de sus ingresos, su riqueza total no excedería con mucho el total de sus rentas). En el fondo del todo se encuentran 2.500 millones de personas –aproximadamente el 45% de la población mundial– que se ganan a duras penas su subsistencia, recurriendo a menos del 4% del PIB del mundo. En la cumbre, encontramos a 358 individuos que poseen ese mismo tanto por ciento.

Las repercusiones de las medidas de libre mercado sobre esta concentración de riqueza han resultado particularmente acusadas en México, un país que en lo esencial comenzó su apertura al libre mercado en 1986 y que, hasta el desmoronamiento del peso en diciembre de 1994, se presentaba a menudo como modelo de éxito en la aplicación de dichas medidas políticas. En 1987, había en México tan sólo un multimillonario. Hacia 1994, había ya 24, que contabilizaban en conjunto una riqueza total de 44.100 millones de dólares. Con ello, sobrepasaban el total de ingresos del 40% más pobre de los hogares mexicanos. Como resultado, las 24 personas con las mayores fortunas de México poseen más riqueza que los 33 millones de personas más pobres del país.

*Las
repercusiones
de las
medidas de
libre mercado
sobre esta
concentración
de riqueza
han resultado
particular-
mente
acusadas en
México.*

2.- Pérdida de puestos de trabajo

Con la excepción de unas cuantas economías del Este asiático, todos los países –del Norte y del Sur– se enfrentan a un desempleo elevado o en aumento, y muchos de ellos, entre los que se encuentra Estados Unidos, sufren condiciones laborales que se están deteriorando para una parte apreciable de la

¹ *Billionaires*, es decir, personas con fortunas estimables en miles de millones de dólares.

fuerza de trabajo. En todo el mundo hay más de 800 millones de personas sin empleo o gravemente desempleadas, y decenas de millones más se enfrentan cada año a esta situación. La tecnología se ha combinado de forma devastadora con la globalización para extender esta crisis del trabajo. A diferencia de anteriores revoluciones industriales, las dos innovaciones tecnológicas más importantes de décadas recientes –la informática y la biotecnología– destruyen mayor número de puestos de trabajo de los que crean. Al mismo tiempo, los veloces avances de las tecnologías del transporte y la comunicación permiten que un número cada vez mayor de puestos de trabajo se desplacen fuera de Estados Unidos. Mientras que hace una generación las empresas sólo situaban en el extranjero empleos en el sector de la confección y la electrónica de consumo, hoy pueden desplazar prácticamente todo el conjunto de tareas agrícolas y de fabricación (y un cierto número de empleos correspondientes a servicios) a China, México u otra serie de países.

Conforme las empresas y los gobiernos se esfuerzan por igual en competir globalmente por medio de la reducción de costes, el ritmo de los recortes de puestos de trabajo se acelera. Las 500 empresas que aparecen en *Fortune* han venido suprimiendo anualmente 400.000 puestos de trabajo durante los últimos 15 años. Aproximadamente un tercio de los trabajadores norteamericanos han de luchar por mantenerse a flote en el estanque laboral global; sus empleos se pueden desplazar a cualquier lugar, y este hecho otorga a sus patronos empresariales globales un poder suplementario con el que negociar a la baja salarios y condiciones laborales.

Las empresas norteamericanas fabricantes de automóviles pueden hoy en día alcanzar en México un nivel de productividad y calidad más o menos equivalente al de sus plantas en Estados Unidos. El rechazo de derechos laborales básicos en México entorpece gravemente, sin embargo, los esfuerzos de los trabajadores mexicanos por negociar mejoras en sus condiciones laborales, y sus salarios siguen siendo sólo una porción de lo que cobran los trabajadores norteamericanos del sector del automóvil. La amenaza verosímil de desplazar una parte mayor de la producción a México proporciona bazas de negociación a las empresas norteamericanas, en perjuicio de sus trabajadores en Estados Unidos, en lo que toca a salarios y derechos sociales. La producción mexicana en su conjunto aumentó en un 24% durante el tirón de los años 1987-1992, mientras que los salarios se incrementaron tan sólo en un 13%. Este abismo se ha incrementado todavía más desde la crisis del peso de finales de 1994. De modo parecido, de acuerdo con la Comisión de Comercio Internacional estadounidense, los trabajadores brasileños alcanzaban en 1986 el 59% de la productividad de los norteamericanos, pero ganaban un 17% de su salario medio. Hasta quienes hacen camisas en Bangladesh se acercan al 60% de la productividad de los norteamericanos, pero ganan tan sólo del 3 al 5% de su salario.

En el Sur, 38 millones de personas aproximadamente entran y bloquean cada año el mercado de trabajo. Los mercados de productos del Tercer Mundo se extienden con bastante lentitud por los países ricos, y las innovaciones de biotecnología que crean sustitutos sintéticos para cualquier cosa, de la vainilla al

cacao o el café, amenazan con eliminar el modo de subsistencia de millones de trabajadores agrícolas del Tercer Mundo. Al igual que en Estados Unidos, los salarios reales han descendido desde principios de los años 80 en la mayor parte de América Latina y en zonas de Asia, provocando una sacudida que golpea de modo particularmente duro a las mujeres, que ganan de un 30 a un 40% menos que los hombres, aun cuando realicen el mismo tipo de trabajo.

A medida que se incrementan las presiones sobre el empleo en todo el Sur, mucha gente se dirige a Europa y América del Norte, donde los mercados laborales también se muestran estrictos. Los actos de violencia de origen xenófobo o racista constituyen algunas de las más horribles manifestaciones de esta era presente de desigualdad y escasez de puestos de trabajo.

3.- Daños al medio ambiente

Tal como sucede con las condiciones laborales, que se convierten en bazas de negociación para las empresas que operan en una economía global desregulada, ocurre con las normas medioambientales. Si el Gobierno mexicano puede conseguir atraer a empresas extranjeras ignorando las infracciones contra las disposiciones legales en materia de medio ambiente, lo hará, y ha de concederse que, o bien actúa de ese modo, o perderá la inversión. La misma lógica alimenta la cruzada del Partido Republicano para eliminar una extensa panoplia de reglamentaciones medioambientales y de otro tipo en Estados Unidos.

Otra presión ejercida sobre el medio ambiente en el Sur es la que representa la continua exhortación por parte del Banco Mundial y el FMI a que se incrementen las exportaciones. Puesto que la mayor parte de los minerales del mundo, la madera, la pesca y la tierra están en el Sur, las exportaciones tienden a ser intensivas en recursos naturales. El agotamiento de estos recursos perjudica los rendimientos de millones de pequeños agricultores y pescadores. Ese frenesí por enviar cada vez más productos al exterior acelera la degradación ambiental y disminuye con ello la riqueza a largo plazo de las naciones del Sur.

Por otra parte, tal como han apuntado con justicia esos mismos países del Sur, la mayor parte del consumo mundial, de las emisiones de gases de invernadero, de las emisiones químicas que destruyen la capa de ozono, y de la contaminación industrial, tienen lugar en el Norte. La carga más gravosa de la acción medioambiental global descansa en ello. Pero la creación de un "Norte global" en el Sur, por medio de una estrategia de surgimiento de grandes mercados, también extiende los estragos medioambientales. Como consecuencia de tasas de crecimiento económico de una media del 10% anual registradas desde 1978, el sector comercial de China consume más de 1.000 millones de toneladas anuales de carbón; así pues, China produce casi el 11% de las emisiones de dióxido de carbono del mundo. Si esta tasa continúa en ascenso, las repercusiones sobre el calentamiento global serán catastróficas. En India, el aumento del consumo exacerbará una situación cuya envergadura sobrepasa ya su capacidad de aguante: un 16% de la población del mundo degrada nada menos que el 2,3% de los recursos del suelo terrestre y el 1,7% de su masa forestal. Y para compensar la caída de sus ingresos por petróleo, Indonesia se

*Tal como
sucede con
las
condiciones
laborales, que
se convierten
en bazas de
negociación
para las
empresas que
operan en
una economía
global
desregulada,
ocurre con
las normas
medioambien-
tales.*

está dedicando a talar el segundo bosque tropical más importante del mundo, convirtiéndose en el mayor exportador mundial de productos madereros procesados.

Desventajas comparativas

La realidad Norte-Sur de mediados de los años 90 apenas sí se acerca a la tranquilizadora hipótesis sugerida por la Administración Clinton. Por el contrario, nos encontramos con una siniestra combinación de un abismo cada vez mayor entre la mayoría de los países del Sur y del Norte, amén de la existencia de una privilegiada minoría en un "Norte global" y de una minoría marginada en un "Sur global". Por ende, nuestro análisis sugiere tres grupos de problemas que exigen atención:

- La mayor parte del "Sur global" —un 45% de la humanidad, que reside principalmente en los 140 países más pobres del Tercer Mundo— se ve aprisionada por la pobreza y abandonada a medida que crecen los estratos más ricos.
- Un 20%, aproximadamente, de la población mundial, que se encuentra en el estrato superior de los dos tercios del "Sur global", principalmente en los grandes mercados en ascenso, está comenzando a formar parte de la clase consumidora global de un modo tal que pone en peligro al medio ambiente y recrudece las tensiones sociales.
- Un número cada vez mayor de trabajadores del tercio superior total, o "Norte global" del mundo, está experimentando un descenso de su renta, además de la erosión de sus derechos y normativas laborales.

Así pues, y hasta ahora, la política norteamericana ha ignorado en buena medida a ese 45% que se encuentra en lo más profundo, y se ha concentrado en el 20% medio de los grandes mercados en ascenso, agravando las tensiones en el tercio superior. El desafío de los planificadores norteamericanos estriba en centrarse en esta nueva imagen global con una panoplia de medidas políticas a dos velocidades, dirigidas unas a ese despreciado 45%, primordialmente en países del Sur, y centradas otras en las crecientes desigualdades y en la crisis medioambiental y de puestos de trabajo, principalmente en los grandes mercados en ascenso y en los países ricos del Norte. Ya se han plantado las semillas, en la mayor parte de los casos, de lo que ha de cambiar en cuestión de medidas políticas de ayuda, deuda, comercio e inversiones. Y, tal como se sugirió anteriormente, la Administración sabe dónde ha de llevarse a cabo el cambio de rumbo de los actuales debates políticos sobre la expansión del TLC, la reforma de las ayudas, y la reestructuración del Banco Mundial y del FMI.

El principal escenario político de Estados Unidos en el que se dirimen los problemas de los pobres del mundo se sitúa en el debate sobre las ayudas. El Senador Helms está logrando profundos recortes de estas ayudas, aunque afirma erróneamente que la mayoría de los países pobres son "ratoneras foráneas" indignas, por tanto, de recibir asistencia. Prácticamente, todos los países del mundo persiguen hoy ese conjunto de medidas básicas de apertura al mercado, privatización, recortes gubernamentales y medidas políticas dirigidas a la exportación. Aunque

es cierto que existe más corrupción e ineficacia en algunos países que en otros, tan veraz resulta afirmarlo de países favorecidos que están en el centro de la política norteamericana (como, por ejemplo, México) como de esos 140 países dejados de lado (como, por ejemplo, Zaire).

Al mismo tiempo, nadie que haya estudiado sobre el terreno proyectos y medidas políticas de desarrollo puede evitar reconocer lo que de verdad hay en las críticas de Helms: gran parte de la ayuda norteamericana, del Banco Mundial y de otras organismos no logra aliviar la pobreza o se ve condicionada por medidas políticas adoptadas por la nación receptora que ahondan la penuria social y medioambiental. Abundar en ese tipo de ayudas no constituye solución alguna. La clave consiste en hacer más eficaz una cantidad menor de ayuda.

La actual obsesión de Washington por reestructurar los organismos de ayuda errará su objetivo si no se centra en la calidad de la ayuda. Toda forma de reestructuración debe sacar lecciones de un número cada vez mayor de experimentos con las ayudas, en todo el mundo, consistentes en canalizar directamente pequeñas cantidades de fondos a entidades dirigidas por grupos cívicos locales, cuyas líneas maestras recalcan la sostenibilidad, la participación y la equidad. Aunque constituiría un paso útil reconducir una mayor cantidad de ayuda de esta manera, es necesario hacer muchas más cosas fuera del dominio de la asistencia con el fin de detener la hemorragia que supone ese flujo de recursos del Sur hacia el Norte en esos 140 países que permanecen en el fondo.

El camino más fructífero consiste en tratar de cerrar el abismo sacándole menos dinero al Sur, en lugar de darle más. En esto, el centro debería volver a situarse en la cuestión de la deuda. Se puede comenzar con ese 17% de deuda del Tercer Mundo que se adeuda al Banco Mundial y al FMI, cuyo porcentaje más alto pertenece a las naciones africanas más pobres. El Banco Mundial y el FMI podrían poner a disposición sus reservas (17.000 y 40.000 millones de dólares, respectivamente) para cancelar buena parte de la prominente deuda que les deben los países más pobres.

De modo semejante, el Banco Mundial podría cancelar los préstamos a otros países destinados a proyectos y programas que hayan fracasado de acuerdo con sus mismos criterios económicos, y/o hayan supuesto graves repercusiones para la población local y el medio ambiente. (Un estudio del Banco Mundial descubrió que, en el año fiscal de 1991, más de un tercio de sus proyectos habían resultado "insatisfactorios en su conclusión" a la hora de conseguir una tasa económica mínima de beneficio).

A medida que los gobiernos van discutiendo la reestructuración del Banco Mundial, es importante advertir que existen alternativas a la fórmula del Banco Mundial de una excesiva dependencia de las exportaciones e inversiones de capital. Si el objetivo estriba en impedir que los países se endeuden de nuevo, en ese caso la reducción de la deuda debe verse condicionada a medidas políticas que animen la inversión productiva, que suministren ayuda a pequeños empresarios y productores agrarios, y que alienten a las economías menos endeudadas. Una alternativa que vale la pena considerar y que han propuesto una serie de economistas mexicanos, es que tanto México como el Banco Mundial adopten medidas que establezcan los derechos sobre tierras de los pobres, impulsen el acceso a

Se debería poner freno a las presiones del Banco Mundial y la Agencia Internacional de Desarrollo sobre docenas de países que producen un exceso de exportaciones simultáneas de todas clases.

créditos soportables a pequeños productores agrarios y empresarios, y restrinjan el flujo de inversiones especulativas a corto plazo.

Los reformadores económicos de México y otros lugares presionan en favor de sistemas eficaces de fiscalidad justa, a la vez que reconocen las dificultades que presenta esta meta, debido a la escasa puesta en práctica de la mayoría de los sistemas fiscales. La mayor parte de los críticos del modelo del Banco Mundial reconoce la necesidad de mantener sectores de exportación más reducidos para financiar importaciones vitales de bienes de capital, pero concede mayor relevancia a la producción destinada al mercado interno, tal como sucedió en Corea del Sur y Taiwán en sus primeros años de industrialización.

Se debería poner freno a las presiones del Banco Mundial y la Agencia Internacional de Desarrollo sobre docenas de países que producen un exceso de exportaciones simultáneas de todas clases, desde flores a café; las repercusiones de que tantos países exporten los mismos productos conducirá inevitablemente a una baja de los precios mundiales. Y estas instituciones deberían fomentar ese movimiento, pequeño pero en crecimiento, que estimula el comercio de bienes producidos en condiciones que respetan los derechos de los trabajadores y el medio ambiente, y reconocer la honda discriminación que existe frecuentemente en perjuicio de las mujeres productoras. Los empresarios que promueven el "comercio justo", que se han desarrollado vigorosamente en Europa y están comenzando a tener gran difusión en Estados Unidos son, en estos momentos, responsables de cientos de millones de dólares derivados del comercio de café, textiles y otros productos, y están desarrollando nuevas nociones sobre lo que constituye un comercio social y ambientalmente responsable.

No resulta sorprendente, por lo tanto, que la agenda sugerida para ese 45% que está en lo más bajo se atenga a un conjunto de soluciones más tradicionales sobre la forma de hacer que mengüe el abismo entre el Norte y el Sur. Sin embargo, abordar estos tres problemas esbozados del Norte y el Sur globales —las desigualdades, la falta de puestos de trabajo y la degradación ambiental— exige que se pongan en práctica conjuntamente con una nueva serie de medidas políticas instrumentales.

Grandes mercados en ascenso: inquietud en las alturas

En lugar de aligerar el paso a fin de competir en una economía global cada vez más desregulada, Estados Unidos puede llevar la voz cantante en la petición de nuevas normativas que atemperen sus efectos destructivos para el medio ambiente en las naciones más desiguales como consecuencia de la integración económica. Tiene su importancia recordar que Estados Unidos estuvo a la altura de este mismo desafío a escala nacional en los años 30, cuando las grandes compañías estaban en trance de integrar a la economía nacional norteamericana, descartando a los estados de la Unión que disponían de sindicatos, en beneficio de quienes carecían de ellos. Un poderoso movimiento sindical fomentó el impulso necesario para que la Administración Roosevelt estableciera una nueva normativa sobre salario mínimo, horarios de trabajo y normas de salud y seguridad decentes.

En los años 90, está misma dinámica se está reproduciendo a escala global, haciendo que las grandes corporaciones enfrenten a los trabajadoras con la norma-

tiva ambiental, para forzar en el trapicheo a que los países ricos se rebajen al nivel de las normas de los países pobres. Los acuerdos de libre comercio que aceleran la integración sin salvaguardar los derechos y normas medioambientales sólo consiguen ahondar la crisis global del medio ambiente y del empleo. Así pues, las normas internacionalmente reconocidas sobre derechos de los trabajadores (incluyendo la libertad de asociación, el derecho a convenios colectivos, y la prohibición de discriminar en función de raza y sexo) y del medioambiente, que han sido remachadas por los estados miembros de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y diversos tratados medioambientales internacionales, tienen que introducirse en los nuevos tratados de comercio, de modo que las empresas que se benefician de reglamentaciones menos severas se vean obligadas a respetar esos derechos y normas.

Ya se han dado los primeros pasos a este respecto. Desde 1984, las leyes norteamericanas de comercio han condicionado la concesión de la categoría de "preferencia comercial" al respeto de los derechos internacionalmente reconocidos de los trabajadores por parte del país en desarrollo en cuestión. Las amenazas del Gobierno norteamericano de retirar la condición de preferencia comercial han conseguido reformas en cierto número de países. Así, por ejemplo, en respuesta a inminentes sanciones de Estados Unidos, El Salvador ha colaborado con la OIT con objeto de adoptar una regulación laboral más completa. El Gobierno de Sri Lanka reaccionó ante presiones similares aviniéndose a abrir su industria de confección a los convenios colectivos. Indonesia anunció un incremento del 29% del salario mínimo en 1994, después de que Estados Unidos amenazara con eliminar su estatus comercial preferente. Apoyándose en esta ley norteamericana de comercio, los negociadores del TLC desarrollaron acuerdos anejos que amenazan con sanciones menores, para fomentar la puesta en práctica de un pequeño número de derechos laborales y normas ambientales.

Por añadidura a las cláusulas sociales de los acuerdos de comercio, las corporaciones globales deberían atenerse a códigos de conducta que exigieran someterse a estos derechos y normas. Una serie de empresas norteamericanas, entre las que se cuentan Levi Strauss y Sears, han dado pasos encaminados a conseguir códigos de empresas suficientemente completos, aviniéndose a códigos voluntarios destinados a las empresas con las que subcontratan en el Tercer Mundo.

Los nuevos códigos empresariales y los acuerdos de comercio e inversión socialmente responsables no resolverán todos los problemas de empleo, medio ambiente y desigualdad del mundo, pero podrían hacerse efectivos y ayudarían a invertir la dinámica negativa a la que ahora nos enfrentamos. A largo plazo, esas medidas políticas serían más eficaces si se complementaran con políticas contundentes a escala nacional que se enfrentaran conjuntamente a los problemas de trabajo y medio ambiente.

Aun cuando los acuerdos de comercio cuenten con los códigos de conducta y las cláusulas sociales más exigentes, con toda probabilidad el incremento del mismo seguirá basándose en la insostenible explotación de los recursos naturales. Con ello se crean dos retos: en primer lugar, elevar los niveles de vida en los grandes mercados en ascenso y en otras naciones del Sur, sin sobrepasar los límites medioambientales y, en segundo lugar, conseguir que las sociedades del Norte reconozcan los costes medioambientales de las decisiones económicas.

*Las amenazas
del Gobierno
norteamericano de retirar
la condición
de preferencia
comercial han
conseguido
reformas en
cierto número
de países.*

Las condiciones laborales de una serie de países del Tercer Mundo tienen repercusiones cada vez mayores en las condiciones laborales de Estados Unidos.

Una forma de reducir el comercio de recursos naturales (como maderas exóticas) y el uso de productos intensivos en recursos (como los automóviles) es que los gobiernos adopten sistemas de contabilidad que tomen en cuenta los costes reales del agotamiento de recursos naturales y la degradación medioambiental. De hecho, el trabajo técnico de “contabilidad ambiental” va relativamente adelantado, como puede observarse en la labor del World Resources Institute en Costa Rica, Indonesia y otros países en desarrollo. Hasta el Departamento de Comercio estadounidense ha comenzado a hacer nuevos cálculos de un “PIB verde”. A este respecto, debería exigirse al Banco Mundial y al FMI que adoptaran un sistema de “estimación informal” (*shadow pricing*) que diera cuenta de los costes medioambientales en sus proyectos y programas. Con ello se daría un importante paso encaminado a conseguir que el “PIB verde” se convierta en un marco conceptual que abarque todo el planeta.

Una concepción inteligente del propio interés

A lo largo de 1997, el Congreso de mayoría republicana reforzará la indecisión de la Administración Clinton a la hora de adherirse a muchas de estas propuestas. Sin embargo, hay impulso suficiente como para llegar a un cambio político en lo que toca a la mayoría pobre del planeta. En el agrio debate en torno al TLC, surgieron grupos ciudadanos —sindicatos, asociaciones medioambientales, organizaciones de pequeños agricultores, activistas de consumo, grupos religiosos, de mujeres y de otro tipo— en Canadá, México y Estados Unidos, con el fin de salvaguardar el empleo, el medio ambiente y la agricultura. Aunque sólo se conseguirán pequeñas concesiones en el acuerdo final, la democratización del debate sobre política económica internacional continuó durante la reciente deliberación del GATT y es probable que caracterice los próximos debates sobre la integración de las Américas y de Asia. Coaliciones cívicas semejantes han reunido de modo parecido apoyo suficiente en todo el mundo en favor de la reforma del Banco Mundial y del FMI.

Dicho en otras palabras, hay sectores de la sociedad civil que parecen ir por delante de los responsables de la política norteamericana en su comprensión de que las crecientes desigualdades dentro de cada nación, y entre el Norte y el Sur, representan desafíos globales que conviene encarar por nuestro propio e inteligente interés. Las condiciones laborales de una serie de países del Tercer Mundo tienen repercusiones cada vez mayores en las condiciones laborales de Estados Unidos. El incremento de las desigualdades en el Sur está intensificando el flujo de personas, drogas y problemas medioambientales hacia el Norte. El rápido desarrollo de los ricos y el surgimiento de una clase media en los grandes mercados en ascenso hace aumentar la inestabilidad y la tensión en relación con la gran cantidad de personas a las que se deja atrás: véase, si no, el creciente malestar laboral al que se asiste en China, Indonesia y México, así como la incesante rebelión del estado mejicano de Chiapas.

Si bien la Administración Clinton puede continuar respondiendo con demora a las crisis que se presenten y replegarse a sus errados supuestos sobre la realidad económica, los problemas que acompañan a la economía global posterior a la

Guerra Fría aparecerán inevitablemente con mayor claridad, a medida que un número cada vez mayor de personas del Norte y el Sur sufran sus consecuencias. No hay modo de esquivar la necesidad de una reflexión fundamental del orden del día Norte-Sur. La cuestión estriba sencillamente en saber si Estados Unidos encabezará la resolución de esos problemas o se dedicará, por el contrario, a esperar y dejarse llevar por ellos.